

actos, según dicen los programas), el productor Orive Alva y el autor y director Ignacio Retes se propusieron hacer más cine que teatro. La obra consiste en una sucesión de estampas simples y directas, sin atacar problemas de unidad o estructuración y sin preocupaciones por el material expresivo. A Retes le ha importado la agilidad cinematográfica y no el trazo de los caracteres o la arquitectura de las situaciones. Por eso, aun cuando la pieza tiene cierto contenido noble (la prefiguración de la ciudad del porvenir), no llega a sentar ninguna tesis y sí sólo a proporcionar una mo-

desta salida al conflicto del protagonista que decide trabajar con sus manos para poder subsistir, abandonando el ingrato oficio de escritor.

En Retes volvemos a encontrar al director de amplia visión y proyección cinematográficas y a un autor menos vulnerable. *Una ciudad para vivir* es ante todo un triunfo escénico (plataforma giratoria en un foro no teatral), a pesar de los cambios de luces innecesarios y artificiosos y de los tropiezos de ciertos actores que decían "producción" en vez de "dirección" y se equivocaban constantemente.

EL CINE

Por FOSFORO II

• El cine: "Hércules sin empleo".

• La cinematografía ha logrado el milagro industrial de sanforizar, en menos de medio siglo, a varios millones de seres. Para mantener el ritmo equilibrado entre la mayor producción y el menor esfuerzo, el cine exige que el espectador no pueda ya estirarse ni encogerse. Ante una situación dada, llorar; ante otra, reír. Emociones de enchufe: la institución de las "estrellas". Ellas ayudan a captar, instantáneamente, toda una gama de estados de ánimo que ya no es necesario preparar, comprender, o vivir. Errol Flynn: valentía. Martine Carol: sensualidad. Eric von Stroheim: odio. Ann Harding: abnegación. Cada uno, es la oblea de acto puro. Cada vez que sus siluetas parpadean en la pantalla, toda circunstancia de lugar, tiempo, o lógica se suspende para que las virtudes y pecados capitales brillen, encarnados en quienes, hasta ayer, por completo ajenos a este destino emblemático del Siglo xx, prestaban sus servicios en la fuente de sodas, en el Uniprix, en la granja de Alabama.

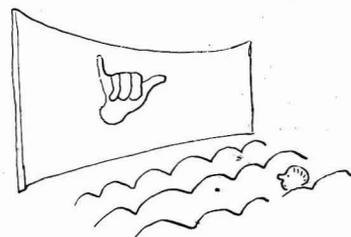
• Andrés Henestrosa —Mark Twain de las letras patrias— dixit: Lo mexicano es lo crepuscular; luego Arturo de Córdoba hace el único cine de profunda raíz nacional.

• Ver para vivir. Vivir para ver. Los niños, señor, ya no leen a Defoe y Stevenson porque *ven* a Robinson y a Long John Silver en el cine, la televisión y los monitos. ¿Y no existe todo un cataclismo de

revistas hechas para verse, no para leerse: Life, Look, Quick, Peep, Rip, Strip, la jitanjáfora de cemento? El reino del cine es el de los ojos, a expensas de cualquier otra percepción. Los ojos del público son los botones que el cine aprieta para generar su energía: en los noticieros, se chifla o se aplaude a un jefe de Estado, porque se le *ve*; en el Cinemascope, se desea a una mujer, porque se la *ve*. No se podría amar a las estrellas cinematográficas —*comme il faut*— en la oscuridad.

• Hollywood y el puritanismo: todas las cosas son obra de Dios, o del diablo.

• "La fábrica de sueños". Como el Gumbriel de la novela de Aldous Huxley (a quien bastaban unas barbas postizas para sentirse El Hombre Com-



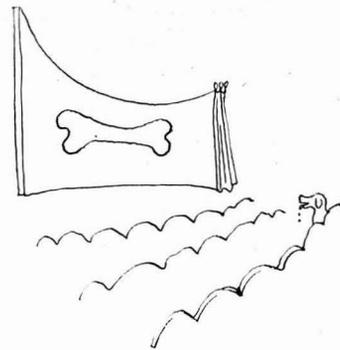
pleto) el cinemadicto penetra en la cueva oscura, pegajosa de novios y muéganos, y se convierte en gran gourmet, profundo catador, luchador heroico, amante prodigioso. ¡Cuántos cueros cabelludos, arrancados domingo a domingo en las polvosas praderas, no guardará en el armario!

• Si Henry James hubiera otorgado al cine sus definicio-

nes: "La mera encarnación monstruosa de inaudito resonante Ruido".

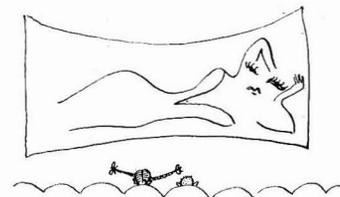
NOTICIERO

• *Kino-Pravda*. Piotr Ivanovitch se pasea, una espiga en el ojal, hierba rusa entre los dientes, a orillas del Volga. Los boteros cantan. Las robustas hijas del pueblo bailan. Un anciano mujik recita proverbios. Piotr Ivanovitch regre-



sa a Leningrado e inventa la penicilina, la pintura al óleo, la granada de mano y la llave de sol.

• *Sol de Medianoche*. Es la noche de San Juan. Las señoritas suecas nadan desnudas, cabezas llenas de jacinto, en la laguna. Las familias protestantes espían detrás de las cortinas, escoba en mano.



• *De Sica Zavattini*. Llueve sobre el Trastévere. En una esquina, comitiva de curas en bicicleta se cruza con manifestación comunista. Un niño chupa desconsoladamente cáscaras de limón. Excursionistas franceses cantan "Alouette" cabe el Coliseo. Un burócrata pensionado se dirige al Montepío. Dos adolescentes enamorados arrojan centavos a la Fuente de Trevi. Un perro gimé siguiendo la carroza fúnebre de su amo. Mujeres preñadas se arrojan al Tiber. Un banquero gordo se lima las uñas. Es la historia de un adulterio.

• *Café Dupont*. Mientras se desviste, Jacqueline decide que en toda confesión hay un elemento de voluptuosidad. Por eso, hay que confesarse en la cama. ¡Marranos! Ellos la arrastraron a ésto. ¡Qué habrá sido de Jack, el soldado

americano que le regalaba cigarrillos en el pajar, allá, en Normandía?

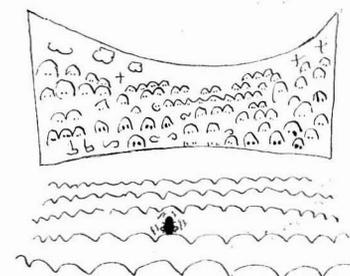
• *Big Ben*. Aparentemente, acaba de ser robado el Primer Folio de Shakespeare.

• *La jungla de asfalto*. Tony Sorrento es un muchacho rudo con corazón de oro. Cachetea a las chicas y a veces asalta bancos. Tony quiere un lugar en el mundo, ser un "big shot". Pero entonces recuerda a su madre. Como la de Whistler, Mom vive sentada junto a la pared, de perfil, y sólo habla italiano. ¿Cómo regenerarse, ser un buen americano? Tony construye un submarino en el sótano de su casa, se dirige al Estrecho de Behring y vuela todas las instalaciones militares que amenazan al mundo libre. Lo reciben en la Casa Blanca. La novia del barrio vuelve a abrirle los brazos. Toda la familia es objeto de un recibimiento con serpentinas en Manhattan.

• *Altos de Jalisco*. Nubes. Máximo y Magdalena se aman con pasión turbulenta. Pero sus familias sostienen un odio secular, viejo como los montes y el río. Más nubes. Magdalena es liquidada por su padre, El de la Voluntad de Hierro. Los indios se pasean con antorchas, estoicos. Máximo se lleva el cadáver de Magdalena a caballo, y las guitarras rasguean "El Jinete".

• Sine qua non: todo en el cine es previsible, pero todo debe aceptarse con sorpresa.

• Habría que investigar la relación profunda entre sexo e industria en el cine norteamericano. Estas texturas neumáticas, senos Firestone, sonrisas Neón, caderas General Electric, de las Marilyn, viven un poco de la mimesis con los muebles de cromo y los toldos de plástico, del estado de amalgama entre el hule y la carne.



• El cine casi nunca es arte porque no admite la recreación. No tolera otro contorno, otra configuración, otras sensaciones que los enfáticamente dictados en sus diez o doce rollos, proyección de 120 minu-

tos. No deja márgenes de conciencia al espectador porque éste —hombre o comunidad— no le interesa: el cine es para *el público*. El cine, dirigido al público, busca expresarse en sentido unívoco, sin posibles dudas o interpretaciones acerca de lo que quiere decir: este es el bueno y este es el malo; este pequeño montaje indica que nuestro héroe ha perdido la razón; este movimiento de cámara significa que tú, cretino de la fila H, debes prever un asesinato; este “close-up” de una flor subraya la intensa melancolía de nuestra heroína. Su filosofía es la de pan, pan, vino, vino. Y todo arte —la poesía, en primer término— vive de la significación múltiple, de llamar al pan guadaña, risa, piedra, de explotar continuamente en la sangre de la participación. De ser, un poco, riesgo, y también, responsabilidad: lo que nunca ha sido el cine.

- Ver de nuevo *El acorazado Potemkin* o *Un perro andaluz* es volver al tiempo de las promesas. No se les dé más rango que ése. Aquí están las pruebas. Mueran las promesas.

- Y el parto de las cámaras sólo dió a luz un bombín y un par de zapatos viejos y grandes.

- La idea de los Estados Unidos como lo inocente, lo puro, lo no-contaminado, es una de las norteamericanas centrales. Gran parte de su literatura podría resumirse en este sentimiento; el mismo Henry James, ¿no está enfrentando la inocencia —“vulgar” pero sana— de sus turistas norteamericanos, al refinamiento enfermizo aristocrático, incomprensible a la espontaneidad, del europeo? “God’s Country” es un dato de conciencia inmediato, y conduce a la justificación, a la épica, al optimismo. La justificación requiere “villanos” que la sometan a prueba (El Gran Jefe Pies Morados, Pancho Villa, Kaiser, Gestapo, НКВД). La épica, da todas las soluciones de antemano (recompensas, castigos, las tropas de la Unión salvan las situaciones con cronómetro; todo criminal está sentado, ya, sobre la silla eléctrica). El optimismo vislumbra la perfección absoluta del mejor de los mundos. Gregory Peck derrota, *single-handed*, a las fuerzas villanas, extranjeras, mal vestidas, anti-higiénicas. El que la hace, la paga. Happy Ending.

- “Celuloide eres, y en celuloide te convertirás”.

LIBROS



ALFONSO REYES NATURALEZA DE AGUILA

Por Emmanuel CARBALLO

“Y hay naturalezas de águila, aves de presa del espíritu, poetas de alegría superior para quienes la felicidad es la belleza”. Alfonso Reyes pertenece a este tipo de naturalezas. Al ponernos en contacto con su obra perdemos tiempo; ya en las alturas, el cautiverio resulta, paradójicamente, beneficioso, nutricional. Pero toda lectura tiene final. La caída siempre que se trate de su obra será dolorosa: nuestra relación con él es indirecta, de lectores. (Y un lector siempre es una espera, una cosa pasiva condicionada en su existir a la aparición de un nuevo libro). Una solución ficticia para prolongar nuestra estancia en esa constelación de la Vía Láctea —El Águila— consiste en tomar la parte por el todo, una obra —en este caso *El cazador**— por la vida, entablar conversación con ella: apócrifos Eckermanns con un Goethe ausente.

Toda comparación es arbitraria; entre nosotros, funesta. El pródigo siglo XIX mexicano sobreestructuró a sus escritores: Píndaros, Virgilio, Marcial... Pero hablar, asociándolos, de dos escritores de la misma familia —naturaleza—, es menos peligroso. Reyes como Goethe tiene tantas caras como géneros existen en literatura. Como el germano es un pedagogo, sin pedantería, porque nunca se lo propuso como meta; un alacrán hembra, entrañable alimento; el pastor —en lenguaje homérico— de la literatura de su país. A ambos se les acusa de un mismo vicio: el de perfección en la obra, el del excesivo aprendizaje, nunca colmado, en la vida. A Goethe nos lo presentan con una “vieja peluca” de cortesano; a Reyes, con una ana-

* ALFONSO REYES, *El cazador. Ensayos y divagaciones* (1910-1921). Segunda edición. Tezontle. México, 1954. 216 pp.

en este sentido, a las conversaciones sobre el tiempo: son una manera de salir del paso”. Los políticos, a su vez, hablan de éste. “Es decir: de nada”, burlando así a los que creen que conversan con sus amigos de los “secretos públicos”. Aquí Reyes se burla de los filósofos: el domingo veintitrés de enero de mil novecientos trece —fecha en que escribe esta divagación— “el día amaneció despeinado y ojeroso”.

Otro domingo, *Domingo siete* de diciembre del mismo año, le sirve de pretexto para hablar de la verdad y sus matices de mentira. A veces, la verdad resulta inoportuna y, lo que es más, innecesaria —como en el cuento que relata de Juanito y las brujas—; ansiar este tipo de verdad “es una inercia lógica, una solidificación del espíritu, y una falta de educación”. A veces se presenta como una verdad a medias: “la de los políticos, la de los médicos, la de todo el que formula diagnósticos o dice la buena ventura por sociología, química, astronomía o quiromancia; la de los augures de toda especie, que ya en los dichosos tiempos de Catón soltaban la risa al encontrarse”. “La verdad es, en esencia, un modo de oportunidad. Es, vista desde afuera, una adecuación.

—“Y, vista por dentro, un estado de ánimo, como la alegría o la pena —oigo decir al otro escéptico”. Claro, el Alfonso Reyes de esta divagación es un frívolo para los que anuncian un porvenir mejor, para aquellos que están seguros de que la mejor de las formas de la vida es la presente. Los lógicos “mecanistas” le responderán, indignados, que “la verdad innecesaria es una verdad absoluta”. El conoce de antemano la objeción, pero no le conviene: su ojo derecho se llama dogmatismo; su izquierdo, escepticismo.

La postura de Reyes en esta divagación se asocia con la que sustenta en *Un intérprete de Renán*. Así como Pierre Lasserre usó del autor de *La vida de Jesús* “como de un patrón para apreciar valores actuales”, Reyes usa a Lasserre para insinuar la conveniencia de “apreciar —simultáneamente— el mundo desde dos opuestas perspectivas”. Ilustra el comentario con una fábula: “Un hombre se propuso un día no tener ideas preconcebidas, no tener prejuicios; y este mismo día perdió la vista. Al siguiente se colgó de una sola idea, como desesperado, y fundó en ella todo un sistema del mundo: y siguió a ciegas. Al tercer día meditó en sus dos experiencias. Y como al hacerlo tuviera que confrontar la

crónica tónica griega. Ambos tienen “que soportar cortesanas de monumento público”. Goethe ahuyentaba a los inoportunos, “turistas del intelecto”, “mostrándoles sus colecciones osteológicas”; Reyes, dándoles lecciones de cocina, hablándoles de su actual dieta, ambos, en primer término, permaneciendo con la “máscara oficial” o Goethe, en detrimento de la esposa de Eckermann, atrapó a éste entre sus garras, conversó en vez de escribir libros de notas. Reyes, cortés “como indio mexicano”, respeta la tranquilidad de las mujeres: escribe libros de notas, carece de secretario. Goethe es, por extensión, una águila bicéfala; Reyes, una solitaria águila azteca.

El mejor elogio que de ambos podemos hacer —los panegíricos suelen ser contraproducentes— consiste en leerlos, signo irrefutable de la actualidad de un escritor.

La segunda edición de *El cazador* de Alfonso Reyes convida más a una descripción de sus excelencias, a hacer una breve antología de sus expresiones afortunadas, de sus ideas más jugosas, que a intentar una obvia valoración que, al declarar en tono ecuánime: “éste es uno de los libros más bellos y sugerentes que se han escrito en México durante nuestro siglo”, no arrojaría más luz sobre sus méritos.

El libro se abre con una “divagación” sobre el tiempo: “hablar del tiempo es hablar de las grullas”, del hombre: “¿Qué es el hombre? El hombre es un ser que habla del tiempo con sus semejantes”, que habla de las grullas cuando es agricultor en la vida o en la literatura, asociándolas con la época propicia para arar; cuando es un aburrido ciudadano, el hombre identifica el tiempo con la política: “Las conversaciones del tranvía sobre la política se parecen,